

Tintero

“El Homo sovieticus” y la historia desde abajo

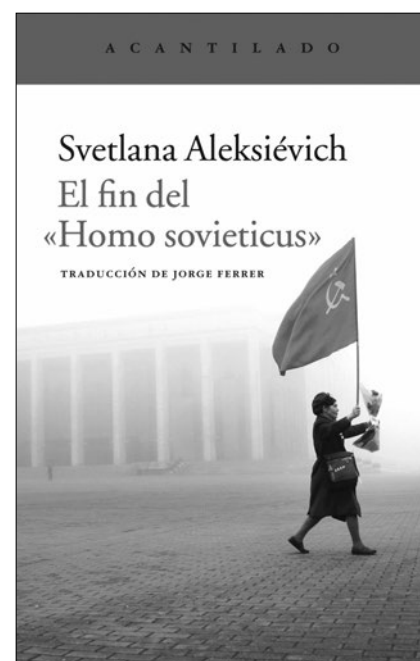
Álvaro Matute

A partir del otorgamiento del Premio Nobel a Svetlana Aleksíevich se discutió sobre la naturaleza de su escritura: si era literatura, periodismo o historia. No deja de haber razón de parte de quienes objetan que se trata de una heterodoxa. Sus libros son testimoniales. Recuperan la voz de muchos afectados por los problemas que les tocó vivir. La autora pone muy poco su voz en los textos, pero es autora en el sentido de que fue quien hizo las preguntas, armó las secuencias, editó, por decirlo de esa manera. Los libros son suyos, enteramente, ya que de otro modo muchos de sus entrevistados no hubieran pasado del silencio o de contar sus experiencias a los más allegados. Ahora los leemos en todas partes y en muchas lenguas. Para comenzar, se universalizaron. Nos llegan a todos y nos hacen partícipes de experiencias vitales únicas, las cuales en su individualidad al cotejarse con todo lo que tienen de paralelismo con otras pasan a formar parte de la Historia.

Una de las metodologías en boga en el último cuarto del siglo xx fue la identificada como “historia desde abajo”. No la historia de los eternos protagonistas: jefes de Estado, grandes comandantes, diplomáticos, gente del poder, cualquiera que sea su índole, sino la historia de la gente común; de la que aparentemente carecía de historia. Una reacción contra las minorías selectas que monopolizaron el protagonismo histórico. Ya aquel poema de Bertolt Brecht preguntaba por quiénes habían construido Tebas, tratando de reivindicar a los modestos albañiles, sin cuyo esfuerzo lo proyectado por los arquitectos no habría pasado de los planos. En rigor, la historia la hicieron todos, pero el énfasis en mirarla desde abajo enriquece mucho las perspectivas.

La ortodoxia metodológica reprochaba todo aquello que no proviniera de documentos escritos conservados en archivos. Surgió, como reto, la historia oral, cuando hubo manera de registrar voces y conservarlas, además de transcribirlas. Si estas prácticas invadieron la antropología, la historia, la sociología y, desde luego, el periodismo, poco les faltaba para hacerlo en el terreno de la literatura. El Nobel a Svetlana Aleksíevich así lo sanciona. Sus libros son la respuesta de ella a sus cuestionadores. *El fin del “Homo sovieticus”* puede leerse como literatura, historia, periodismo mayor, antropología social, entre otras formas estilísticas o disciplinarias. En rigor, es lo de menos. Lo importante es recoger el gran tema contenido en ese libro excepcional.

Abordado desde el ángulo de la Historia, se puede leer mucho acerca del fin de una etapa histórica que fue sancionada como evolutiva superior posterior al capitalismo. De ahí que la caducidad de esa etapa y su desembocadura en la economía de mercado haya traído desajustes sociales que tardarán tiempo en acomodarse, si es que lo logran. Para decirlo en corto: de una igualdad llena de carencias se pasó a una desigualdad brutal, en el que unos se benefician y otros lo pierden todo. Aparte del problema de filosofía de la Historia implícito, que desbarata un dogma generalizado, hay un gran contenido histórico en la construcción de *El fin del “Homo sovieticus”* en la medida de que las voces de quienes aparecen al inicio de la obra son personas que vivieron la URSS hasta su madurez o vejez, hasta que les llegó la perestroika. Algunos valoraron la nueva libertad, de la que habían carecido, pero otros sienten nostalgia de las pérdidas que eso



implicó. No es una voz, sino muchas; no hay acuerdo acerca del pasado vivido y el presente; luego vienen los entusiastas de 1991, que participaron en las grandes movilizaciones cuando el tránsito de Gorbachov a Yeltsin y el desencanto vivido. Por último, la generación joven, la de los que fueron a las movilizaciones en carritos de bebé o nacieron después y manifiestan un total desinterés por el pasado, junto con voces no moscovitas, sino de periferias de la órbita musulmana, cuya coexistencia pacífica llegó al final cuando sus ex repúblicas soviéticas se convirtieron en naciones y muchos se vieron precisados a emigrar y sufrir discriminaciones.

Llama la atención, en las generaciones anteriores, su nostalgia por la grandeza que insufló el estalinismo, como sentirse ganadores de la Segunda Guerra Mundial. En el libro se encuentran historias de sobrevivientes del Gulag, que al regreso a sus lugares de origen mantenían su fidelidad a Stalin. Al final, la historia de la joven bielorrusa que sufre un mes de prisión por haber participado en una manifestación contra Lukashenko hace pensar en un *ricorso* viquiano. El libro es grande y no se agota. **u**